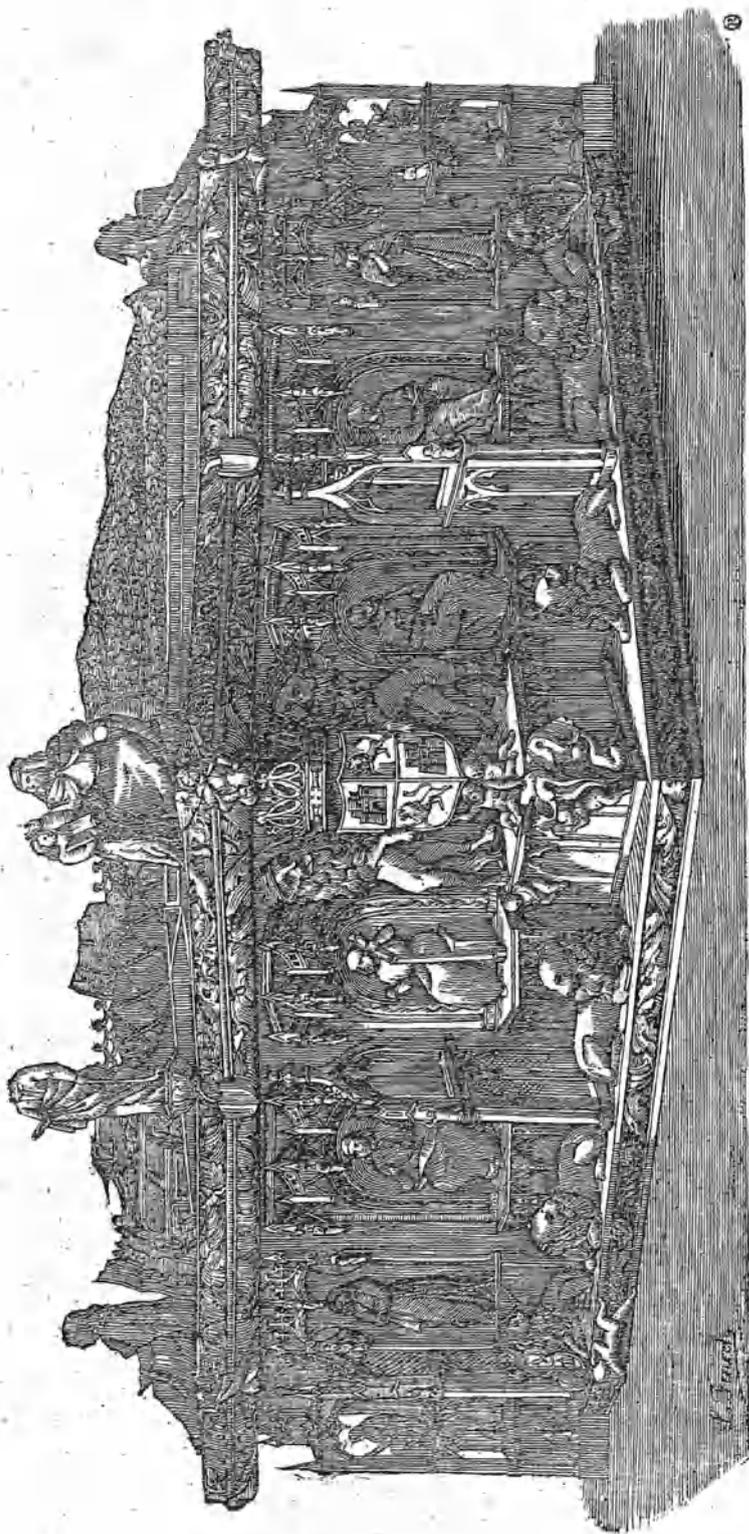


ESPAÑA PINTORESCA.



SEPULCRO DE DON JUAN II EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

ESPAÑA PINTORESCA.

REPLICAS DE LOS TAPICES DE LA SALA DE CUAJEROS DEL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS.



TRADICIONES POPULARES EN DAROCA.

ARAGON es uno de los países mas fecundos en tradiciones populares y aun históricas, tanto mas notables cuanto que la mayor parte de ellas aparecen documentadas presentando el objeto material sobre que recaen, ó como si dijéramos el *corpo del delito*. Los *amantes de Teruel*, la *Campaña de Huesca*, la de *Velilla* y otras varias de que ya se ha tratado en el *Semanario*, confirman esta reflexion. Solamente Daroca en su pequeño recinto contiene mas tradiciones y objetos curiosos, ó bien por su relacion con la historia ó por la estrañeza de los sucesos, que provincias enteras. Apenas se dá un paso sin encontrar algun objeto digno de atención. Los *Corporales*, el *Ruejo*, la *Mina*, la *Peña de la mora encantada*, sus dos puertas, sus numerosos torreones, las banderas que preceden á su ayuntamiento, hasta su poscion topográfica, son cosas que llaman altamente la atención de los hombres aficionados á esta clase de observaciones.

LOS CORPORALES.

Entre todas ellas la que primero llama la atención es la de los *Corporales*, acerca de la cual se dice, que estando para atacar los aragoneses el castillo de Luchent, en el reino de Valencia, al tiempo de ir á comulgar seis capitanes en nombre del ejército, se oyó un rebato de los moros que atacaban el campamento. Volaron los capitanes á sus puestos, y el capellan escondió las sagradas formas envueltas en los corporales debajo de una piedra. Cuando después de varios prodigios volvieron á desdoblarse, hallaron las formas bañadas en sangre. Cada gefe deseaba apropiárselas para su pueblo, por lo que decidieron sortearlas, y por tres veces tocaron á los de Daroca.

No dándose aun por satisfechos los otros gefes, se convinieron en que se pusieran los Corporales en una urna, y ésta sobre una mula ciega, á la cual se dejase ir á su alvedrío, debiendo ser los Corporales del pueblo en que muriese. Después de haber pasado por varios pueblos, al cabo de trece dias llegó á Daroca, y al pasar por frente al hospital de S. Marcos, después convento de Trinitarios, cayó y resantada la mula. Los Corporales quedaron en aquella iglesia y después fueron trasladados á la Colegiata, donde subsisten hasta el día, en una caja de oro, que solamente se abre el dia del Corpus, á cuya fiesta concurren muchos energúmenos, lo cual dá lugar á escenas muy originales. La mula fué enterrada en el pórtico de la iglesia, en donde se ve aun su estatua de piedra: esta tradicion se refiere al año 1259.

EL RUEJO.

En la calle Mayor, debajo de un pequeño pórtico, se vé una piedra de molino que llaman el *ruejo del milagro*, acerca del cual se dice, que en la noche del 14 de julio de 1576 sobrevino un gran aguacero que inundó la ciudad, pues entonces aun no existia la famosa mina de que hablaremos después. La poscion de Daroca, enclavada, por decirlo así, entre dos cerros, y obstruyendo la salida del valle por donde van las aguas á parar al río, hace que aquella poblacion se vea espuesta con frecuencia á tales inundaciones. La poblacion tiene dos puertas principales el principio y fin de la calle Mayor, las que distinguen con los nombres de *alta* y *baja*. Por desgracia en aquella noche estaba cerrada esta última, por lo cual habiendo entrado la avenida por la puerta alta, y no pudiendo desaguar por la baja, estaba la ciudad para ahogarse; cuando por fortuna empujó el agua una piedra de molino, que habia en casa de D. José Garcés, y pegó tan ruego golpe

contra la puerta, que la abrió oportunisimamente para dar salida al agua.

Este suceso está documentado, y en memoria de él tiene la ciudad fiesta votiva y feria el dia de S. Buenaventura. El *ruejo* ó piedra de molino, se volvió á colocar junto á la casa de donde salió, y donde subsiste hasta el día.

LA MINA.

Para evitar en lo sucesivo iguales apuros, se fabricó 100 pasos mas arriba de la puerta alta un gran muro, que tiene cerca de 400 varas de largo y ocho de alto, el cual llaman *la barbacana*. Al estremo de ella está la célebre mina de Daroca, que es un gran monte taladrado por el cual desaguan las arroyadas yendo hasta el río Jiloca sin entrar en la ciudad. Tiene esta mina cerca de 800 varas de longitud en linea recta por ocho de latitud; su altura no es igual, pero se puede calcular en 10 varas por un término medio. Esta obra es gigantesca y asombrosa, aun en el dia en que se ha rebajado mucho su altura por la corgazon de arena que dejan las arroyadas. En la mitad de ella reina una profunda oscuridad, pero en breve se vé á lo lejos la salida como un punto luminoso.

En una lápida que hay á la entrada de ella se lee esta inscripcion: «*Esta mina, arcos y fuentes de Teruel, hizo el insigne arquitecto y famoso escultor maestro Pierres Bedel; murió el año 1567 á 30 de mayo. Está sepultado en Santa Maria de Albarrocin: empezóse año 1555, y se concluyó año 1562.*»

EL HOMBRE DE PIEDRA.

No es menos interesante la tradicion del hombre que se convirtió en piedra, de que vamos á dar una noticia.

Habia en Daroca por el año de 1328 un hombre que se llamaba Martin de Visagra: este tal tenia un pequeño majuelo de uvas, que por ser viejo las producía pocas y malas; pero en cambio habia otro lindando con el suyo que las producía tan abundantes como sabrosas. Esta contraposicion escitó la curiosidad del pobre Visagra, y avivó su codicia, bien que no se necesitaba tanto para que él tratase de robar las uvas de su vecino, porque siempre lo ageno parece mejor.

adulce y sabrosa

mas que la fruta del cercado ageno,

que dijo Garcilaso.

Conociendo el amo de la viña que Visagra se la vendimaba antes de tiempo, trató de reconvenirle, como lo verificó un dia que lo cogió trayendo un cesto de uvas; pero el ladron se excusó alegando que eran de su viña, confirmando con juramentos y blasfemias. Como al fin las uvas son cosa que no tienen letrado, nada pudo probar el amo de ellas; pero con todo, llevado de su sospecha, y para salir de la duda, tuvo la humorada de atar á las uvas mejores unas hebritas de seda verde.

Ello es que Visagra volvió por uvas un dia, antes de amanecer, y como siempre le daban dentro las del vecino, cargó allí su cesta: encontraronse ambos junto al convento de la Trinidad, en el cual se hallaban entonces los Corporales que aun no habian sido llevados á la Colegiata. Reconvenido nuevamente Visagra sobre su delito, tuvo valor para volver á negarlo, pero su vecino le manifestó las hebritas de seda que aun llevaban los racimos, y le amenazó con la justicia. Entonces el desgraciado Visagra se empeñó en llevar adelante su negativa, echando mil maldiciones, una de las cuales fue: «*Por los santos Corporales que á esta iglesia vistieron, que son las uvas que trayo de mi viña, y si non digo verdad plegne á ellos que me torne piedra mármol.*» Así que connyó de pronunciar estas palabras, se que-

dó, efectivamente petrificado y rebajado de su estatura, que se redujo á dos cuartas, como igualmente el cestode uvas que llevaba al brazo.

En vista de esto fué colocado á la entrada de la puerta de la iglesia de la Trinidad, sobre la derecha, en un nicho y con una reja por delante. A la parte opuesta habia otra igualmente de piedra, y de la altura regular que tenia antes de petrificarse. En la pared se leen estos versos:

«¡Veis aquí cuál me torné!
sea ejemplo á los mortales,
porque aquí falso juré
á los santos Corporales.»

En la parte opuesta habia los siguientes:

«Este veis lo desolado
que de tierra es su hechura:
las uvas que hubo robado
causaron que fué tornado
en tan pequeña estatura.»

En el día ya no están allí aquellas estatuas, que creon fueron destrozadas durante la guerra de la independencia.

Entre las cosas que merecen tambien observarse en Daroca, son su Colegiata con la estatua colosal aislada de Ntra. Sra. de la Asuncion en el altar mayor, y la capilla de los Corporales, cuya fabrica gótica parece que pertenece á mediados del siglo XV, y quizá se hiciera al mismo tiempo que la torre, que es toda de silleria y muy proporcionada, mandóla hacer la reina Doña Maria, esposa de D. Alonso V de Aragon, hacia el año 1441 durante su regencia. Llama la atención dicha capilla de los Corporales por sus muchos calados y caprichos, como tambien por su rareza y vetustez.

Otra de las cosas notables de Daroca son sus antiguos muros y torreones en número de mas de 100, que coronan los dos montes que ciñen á Daroca, y la hacian en tiempos antiguos casi inexpugnable. Entre ellos era muy notable y elegante el torreón, ó mas bien castillejo de *San Cristobal*, todo de piedra silleria, que fué valado por los franceses, sin dejar en pie mas que dos lienzos, que mostraban su fortaleza y elegancia.

Nada diremos acerca de sus muchos privilegios y prerrogativas que hacian de esta ciudad, si bien pequeña, una de las mas notables de Aragon, y de mucha importancia en su historia. Lo que acabamos de referir acerca de sus antiguas tradiciones, bastará quizá para darle mas importancia á los ojos de aquellos hombres que se entusiasman al oír las estrañas tradiciones de nuestro país, tan abundante en ellas.

V. DE LA F.

ARCABUCEROS DE MADRID.

A fines del siglo XV y principios del XVI, época del nacimiento de los gloriosos príncipes Francisco I de Francia, y Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, se inventaron los arcabuces ó armas de fuego, y aunque se mantuvo largo tiempo el uso de la ballesta, hizo no obstante progresos tan rápidos el nuevo descubrimiento, que no solo se sirvieron de él en tiempo de paz, sino que lo adoptaron prontamente para la guerra, puesto que en la batalla de Rabena, dada en 1552 por los españoles, habia en su ejército muchos arcabuces, y en la retirada de Rývec en 1551 fué muerto de un tiro el general Bayard, siendo digno de admirar que apenas

se encontrará otra ninguna invencion, por útil é importante que fuese para el género humano que en pocos tiempo haya logrado mas universal aceptación.

Adoptado su uso en Europa, conociendo Carlos V que la España abundaba de materiales esquisitos para que prosperasen en ella las fábricas de armas de fuego establecidas ya en Alemania, hizo que pasasen á la corte dos nuestros armeros de aquel imperio, llamados Simon Marcuarte, y Pedro Maese; el primero era mas bien conocido por Simon de Hocos, y fué arcabucero de los Sres. reyes D. Felipe II y III, y se le debe la invencion de las llaves de patilla, que hoy llamamos á la española; pues que hasta entonces solo se conocian las de rueda, y sin embargo de haber sido apreciable el invento de estas, porque antes de él se disparaban los arcabuces con mecha, sostenidos por una horquilla, mucho mas debe de serlo el de Simon, con el cual se desterraron los de rueda, que por ser mas perezosas no dejaban asegurar tanto los tiros, lo que no sucede con los de patilla, y por lo mismo aunque se han mejorado mucho en el pulimento y ligereza, como en los demas accidentes, jamás se extinguirán en lo sustancial de sus ventajas.

De los 82 arcabuceros creados bajo las instrucciones de los dos referidos Simon Marcuarte y Pedro Maese, que han seguido hasta estos últimos tiempos, se distinguieron particularmente Nicolás Bis, arcabucero de Felipe V desde 1710 hasta 1760 que enseñó el modo de forjar los cañones de escopeta con trozos de herraduras viejas y gastadas, asegurando antes que la calidad de esta clase de hierro era el mas pastoso, suave y flexible que se podia desear para la ejecucion de la perfeccion y solidez de tan interesante objeto.

De la habilidad de los referidos artistas Simon Marcuarte y Pedro Maese se fueron creando otros, de los cuales

Juan Fernandez fué arcabucero de Felipe V., en 1726.

Matias Bazco fué arcabucero de Felipe V., en 1759.

Francisco Bis fué nombrado arcabucero de Felipe V., en 1740.

José Cano fué nombrado arcabucero honorario y en propiedad del rey Felipe V., en 1740.

Gabriel Algors fué nombrado arcabucero del rey D. Fernando VI, en 1749.

Joaquina Celaya fué nombrado arcabucero honorario del rey Fernando VI, y en propiedad en 1749.

Sebastian Santos fué nombrado arcabucero del rey Fernando VI, en 1752.

Diego Ventura fué nombrado arcabucero de Carlos III, en 1760.

Francisco Lopez fué nombrado arcabucero del rey Carlos III, en 1761.

Salvador Cenarro fué nombrado arcabucero honorario del rey Carlos III, y en propiedad en 1762.

Antonio Gomez fué nombrado arcabucero del referido monarca, interino y en propiedad en 1762.

Agustín Ortiz fué nombrado arcabucero del rey Carlos III, honorario y en propiedad en 1765.

Miguel Cegarra fué nombrado arcabucero interino de Carlos III, y en propiedad en 1771.

Diego Alvarez fué nombrado arcabucero de Carlos III, en 1775.

Juan Belén fué nombrado arcabucero de Carlos III, en 1684.

Antonio Garcia fué nombrado del rey Carlos IV, en 1788.

Isidro Soler fué nombrado arcabucero de Carlos IV, en 1792.

Francisco Targarona fué nombrado por el mismo rey, en 1792.

Gregorio Lopez lo fué igualmente en el mismo año de 1792.

EL CASTILLO DE ALGAR.

Esta costumbre entre los romanos, al tiempo que sojuzgaban sus caudillos cualquier pais por la fuerza de las armas, consolidar y mantener sus conquistas, poniendo guarniciones en las plazas importantes, reparando sus muras, y multiplicando el número de torres de vigía, para socorrerse y acudir al peligro, donde quiera que se presentase; costumbre, segun Lacio, adoptada de los cartagineses, á quienes este autor atribuye aquellas fabricas y que, así entonces como en nuestros dias, ha ofrecido constantemente recursos en los trastornos y guerras civiles, modificándose y mejorando sucesivamente hasta elevarse al actual sistema telegrafico, reducido en su origen á las ahumadas y fuegos sobre estas atalayas, que servian durante la noche de señal á entrambos ejércitos beligerantes, para comunicarse rápidamente las nuevas de interés. De igual fecha datan algunas fortificaciones asentadas en los campos, que reprodujeron los conquistadores, segun placia y convenia á sus miras y proyectos.

La dominacion latina, perseverando mas que la cartaginesa entre nosotros; y posterior á ella, borró casi totalmente sus huellas, y aun la de los establecimientos griegos y fenicios que hubieron de precederle, pretendiendo, como en odio de las pasadas hazañas, echar el seso al olvido y rencor que mutuamente abrigaban los unos pueblos para con los otros, como si fuese dable y hacedero arrasar los monumentos de una nacion culta y belicosa, despues de su estancia en cualquier pais durante muchos siglos. Así que vive y se mantiene palpitante el recuerdo de Gades y su famoso templo; de Emporias y su comercio; de Castulo, patria de Imileo, esposa de Annibal; de Menaca y Ulisea en nuestras montañas cercanas á la costa del medio dia, cuyos delubros encerraban los trofeos de las primeras naves que habian zboardado al pais de Turdetania para colonizar allí; de Tarteso y su rey Argantonio; de las flotas de Salomon y sus viajes á Tarsis; de las expediciones de Hannon y otros cartagineses á las regiones occidentales; y como si no bastasen á atestiguar de aquellos sucesos las autoridades de Estrabon, Silio, Festo Arienso, Marciano y Pomponio Mela, brotan á cada paso de las entrañas de una tierra, que valiéndose de la expresion del Dean Marti, solo cede á lo Italia en fecundidad, lápidas, medallas, barros y fragmentos, que interesan nuestra curiosidad, y arrebatan nuestra admiracion.

A veces en la superficie de un suelo reputado estéril, y que ningun interés parecia ofrecer á los arqueólogos, hallamos abundantes y marcados vestigios de su pasada grandeza. Sirva de ejemplo el castillo de Algar, una de las fortalezas que los latinos construyeron en el radio de la campiña de Egabro, hoy villa de Cabra en Andalucía, para sujetar á los naturales y precaver de cualquiera irrupcion violenta una ciudad, que, siendo griega de origen, no podia tributarle, como otras, homenaje puro y sincero de lealtad. Estos fuertes, nombrados *castella montana*, se construian en los altozanos ó colinas, en puntos defendibles por naturaleza, y lo mas escabroso y agrio del pais conquistado. El de Algar asienta, segun hemos tenido proporcion de ver, en el centro de una cordille-

ra, que partiendo desde la villa de Rute hacia el Este, é inclinándose hacia el Norte por varios recuestos y sinuosidades, remata de un lado en las sierras y castillo de Carcabuy (1) (el *Ipotobulco* de los romanos), y por el otro se prolonga hasta Luque, Zuheros y Peña Menca, concluyendo en la campiña de Baena. En los puntos mas enjauentados de este ramal del Orospeña, hallanse edificados muchos y renombrados castillos, tales como la Torre de Zumbra (*Cisimbrum*), el de Bora, y el apellidado del *Huelo*, fabrica notable de la edad media, no tanto por su elevacion y magestad, cuanto por el hecho de armas cuya memoria parece haberse levantado, y por la piedra literata que contenia, de los últimos años del reinado glorioso de Alonso XI.

Toma su nombre aquel fuerte de la cuesta y laguna de Algar, y dista de Carcabuy cosa de media legua. Sus muras, casi desplomadas hoy, tienen cerca de cuatro pies de espesor; sus cubos ó torres laterales mas de cien pies cuadrados, y por la mitad inferior se hallan robustecidos con doble capa de silleria, capaz de resistir al impulso del ariete, y aun al fuego del cañon. Los fosos y primer ámbito han desaparecido totalmente, ó mas bien parece no haberlos tenido fuera de la prolongacion de la muralla; quedando solo un frente ó lienzo de la parte del mediodia, en cuya fabrica se observan arrauques de hórvedas y cavas obstruidas por los escombros. Este frente tene de cargo sobre 150 pies; el opuesto se ha derrumbado hacia un profunda valle que dominaba y defendia, dejando ver los estribos de las otras dos torres que lo flanqueaban. Su construccion revela el genio y grandeza romana, su fecha no dista mucho, al parecer, de las primeras conquistas de este pueblo en nuestro pais; su actual destino es consumirse lentamente y servir de abrigo á las aves nocturnas, á los reptiles y aun á los malhechores: destino que desgraciadamente ha cabido en suerte á fabricas mucho mas nobles y elegantes, cuyo respetable aspecto, como dijo Ponz, dá á los pueblos y ciudades un aire de magestad y decoro que solo puede concebir quien haya caminado nuestras provincias.

No lejos del asiento que ocupa el castillo de Algar, encuéntrase el *terro de la Muralla*, objeto de las tradiciones y consejos del vulgo; y frente de éste, dentro de la cortijada de Gaena, poblacion rural aneja á la villa de Cabra, cuyos aldeaños defendió en otros tiempos aquella fortaleza, se prolonga la cañada del *Morrón* y su cueva, donde en el mes de mayo último descubrieron los labradores vecinos varios utensilios romanos, *lucernas*, *plátteras*, *urceolos*, búcaros con inscripciones, *vasos útiles* y fragmentos de esqueletos humanos (2). Sin duda aquella cavidad fué, bajo el imperio latino, algun *suggerundarium* familiar, en el que las deudas de aquellos que allí sepultaron, ofrecian sacrificios á los manes, acomodando y ajustando sus ritos á los que en loor de sus difuntos celebraba la Roma gentilica en mayo y noviembre en las fiestas de Júpiter ó *Larentinaia* y en las *Lernuria* ó de los fantasmas, segun nos revelan los mármoles del capitolio.

MANUEL DE LA CORTE.

(1) Véase nuestro artículo sobre este pueblo en el número 212, segunda serie, tomo I del Semanario.

(2) Hoy existen en nuestro poder.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL CARDENAL DON JUAN DE CARVAJAL, Y LA FIESTA DE LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

Fue D. Juan de Carvajal de la ilustre familia de los Carvajales de Plasencia. Nació en Trujillo el año de 1499, siendo corregidor de la misma ciudad su padre Juan de Tumbo, natural de Bonilla de la Sierra, quien le hubo en Doña Sarrá de Carvajal, cuyo apellido tomó. Presintiendo lo que se podía esperar de su buena disposición y talento procuró darle los mejores maestros de su tiempo, para que fuese instruido en la virtud y en las letras. Envióle á Salamanca, donde estudió derecho civil y canónico aprovechando extraordinariamente. Desearo de servir á Dios en las cosas de su iglesia, determinó pasar á Roma, donde se dió á conocer tanto por su ciencia y humildad, que lo santidad de Martín V, que después del gran cisma de Occidente dió la paz á los cristianos, le mandó servir en el consejo de la Rota, dedicándose con todas sus fuerzas al bien público. Su prudencia, y el celo por la justicia, de que dió tan grandes muestras en aquel tribunal, movieron al sumo pontífice Eugenio IV, á enviarle con otras personas calificadas á disolver el concilio de Basilea, que en el año de 1456 habia comenzado á perder el respeto á la cabeza de la iglesia. Allí trabajó con asiduidad y constancia, ayudado principalmente del padre Torquemada, maestro del sacro-palacio; y en premio de sus distinguidos servicios fué creado en catorce de diciembre de 1446 cardenal diácono de S. Angel in foro piscium, despues presbitero con el titulo de Santa Cruz en Jerusalem, y despues cardenal obispo portuense. Nicolao V, como quien tenia bien especcimentado su valor y santidad, le puso por su legado en los reinos de Ungría y Bohemia para que hiciese frente á las heregias, que infestaban aquellos países; haciendo que muchos abjurasen los errores de Juan Hus, que tenían y sustentaban.

Calisto tercero, que le amaba con ternura, le encargó la legacia del reino de Ungría, que en lo temporal padecía grandísimos riesgos por los continuos acometimientos con que el Gran-Turco-Mahomet le molestaba y oprimía. Orgullosa con la conquista de doce reinos, y de los dos imperios de Trapisonda y Constantinopla, se proponia acometer la Ungría, pero el cardenal Carvajal con un escudron de católicos cruzados, reunidos por San Juan Capistrano, y favorecido de Juan de Humanes, gobernador de aquellos estados por el rey Eladislao, le esperó en la ciudad de Budá, donde resistió con sus cortas fuerzas los asaltos y batallas de las innumerables con que los infieles peleaban, logrando desvaratar su numeroso ejército con pérdida de sesenta mil hombres, pudiendo escapar herido el jefe de los sarracenos. Fue esta memorable victoria el dia seis del mes de Agosto de 1456, y sabida en Roma la mandó solemnizar el papa Calisto en todo el orbe cristiano, instituyendo la festividad de la Transfiguracion del Señor, que hasta hoy celebra la iglesia.

El cardenal Jacobo Papieri dice en los comentarios de aquel tiempo, que nuestro D. Juan de Carvajal fué gobernador de Roma, y veinte y dos veces legado, y una de las mas firmes columnas del Vaticano. Tambien tuvo en encomienda la abadia de Santa Maria de Moreuuela, orden de San Benito, que era de mucho honor y renta. Despues fué provisto en el obispado de Pla-

senca, que gobernó mas de veinte años sirviendo de guía y de consuelo á toda su diócesis. Regaló á su iglesia algunas piezas de plata muy ricas, y ornamentos de brocado. Mandó edificar un sumuosísimo puente en el camino desde Plasencia á Trujillo sobre el Tajo, que se llama *del Cardenal*, con el laudable desigño de evitar los continuos estragos de las hiecas en las grandes avenidas. Es de fortísima y grandiosa fabrica, que puede competir con las mas lindas de los romanos; todo de piedra de sillera labrada, que se trajo de Robledo á seis leguas de distancia, y de la delhesa de arriba de Malpartida, no lejos de Gaucera, por no ser á propósito la de las sierras inmediatas. Se tuvieron que romper sierras asperísimas para poder conducir los carros con la piedra, costando todo cuantiosísimas sumas. Otro puente mandó levantar tambien sobre el río del monte entre Trujillo y Jaratejo, que tambien testifica la grandeza de su celo de tan insignie varon.

Segun Hernando Pulgar en los claros varones, fué Don Juan de Carvajal alto de cuerpo, de gesto blando, el cabello caño y de muy venerable sermosa presencia; muy honesto, y gracioso en sus palabras, y de gran entendimiento. Aborrecia la codicia, y tan persuadidos de ello estaban los italianos que de él han escrito, que le puxan con un perro á quien tiene atado una rienda, como que la puso á la codicia significada por este animal. Fué teadiceo, que pudo ser pontífice y lo rehusó por su humildad. Murió en Roma dia de S. Nicolás G. de diciembre de 1469, á los 70 de su edad. Se le dió sepultura con pompa y esplendor en la iglesia de San Marcelo mártir, inmediata á las casas en que vivió y murió. Hay en su sepulcro este epitafio:

Joanni Carvajali, genere Ibero, portuensi, sanctaeque romanae ecclesiae cardinali, patriam splendori, virtutum decori, de religione atque omni republica benemerito. Quixit annis septuaginta. Basilio cardinalis collegii praesidissimo.

*Pontificum splendor jacet hic, sanisque cenabus.
Nanque animo polius pectore Caesar erat.
Hunc genuit Xeretum, rapuit sed Roma tenetque.
Corpus velat humus, spiritus astra calit.*

Por este epitafio se podrá creer que el cardenal nació en Plasencia, por la palabra Xeretum, de Gerte, rio que baña á aquella ciudad; pero en esto se equivocó Pulgar, y el padre Alonso Fernandez, y otros afirman que nació en Trujillo. De todos modos fué español y extremeño, y á él es debida la institución de una fiesta que celebra la iglesia universal.

MANUEL MARIA RODRIGUEZ VALDES.

CURAR EL AMOR CON SANGUIJUELAS.

Una de las muchas manías que han introducido en España los franceses con sus desmoralizados dramas, y sus poco católicas novelas, y que los jóvenes de nuestra sociedad han admitido con entusiasmo, es la de no contar en el catecismo el noveno mandamiento. Prescindiendo de las infinitas reformas, que por la influencia de nuestros vecinos está sufriendo la política á cada momento podrá conocer, el que reflexione un poco, el grande influjo que en nuestras costumbres han ejercido las suyas, ó al menos las descritas por ellos. Primeramente nos enseñaron el suicidio, pero por fortuna los españoles van olvidando ya la lección, y en lugar de matarse á sí propios, han aprendido nuevamente de ellos á matar á su prójimo; esto es, á seducirle la mujer.

—Difícilmente se hallará hoy día un joven de 15 años que no se considere víctima de una pasión frenética, que equivale á decir, enamorado perdidamente de una mujer, casada por supuesto, pues lo contrario sería no marchar con el siglo; y si así fuera podría pasar, pero por desgracia hay muchos que no marchan con él, sino que se le adelantan.

Uno de estos es Enrique, joven de 17 años, muchacho atolondrado, de elegante figura, hijo único de un rico propietario de Andalucía, y que habiéndose educado desde muy niño en un colegio francés, ha llegado hace dos meses á esta corte á aumentar el número de vagos de buen tono, y á poner, en práctica, á costa de los acosados maridos, las piadosas teorías que allí aprendiera.

Aun no había encontrado ocasión de sacar partido de los fascinadores recursos con que cuenta, cuando una de las pasadas noches, estando en el teatro, divisó en un palco segundo una hermosa y elegante dama, no tan joven que bajase de 26, ni tan vieja que contase 50 años, acompañada de otra señora anciana, que Enrique juzgó sería la madre, por cuya causa no hizo alto ya en la hija. A pesar de sus gracias, pues, como queda dicho, el permitido género de hijas de familia no es el que estos adelantados jóvenes tratan de explotar. Pasó el primer acto sin volver á fijar los ojos en el susodicho palco, pero en el intermedio del segundo miró por casualidad, y descubrió con extraordinaria alegría, al lado de la joven, un caballero de unos 40 años, que nuestro héroe tomó por el marido, y que efectivamente lo era; siendo admirable el empeño de los que siguen semejante sistema, pues olfatean y descubren un marido en cualquier reunión, por numerosa que sea, del mismo modo que el más fino podenco olfatea y descubre un tímido conejo entre espesísimos matorrales. Desde aquel momento toda la anterior indiferencia se convirtió en inquietud; Enrique, revolviendo en su cabeza los planes de seducción que en las novelas había leído, murmuraba entre sí, mirando con afán al objeto de sus deseos. — «Una mujer joven y hermosa, y un marido de por medio... ¡oh! mucha suerte he tenido hoy.»

Ya para él no existía la representación, ni los aplausos y risotadas del público lograban distraerle de aquel enagenamiento en que se hallaba sumergido. Inmóvil y contemplativo descubría en la dama nuevas gracias y perfecciones que no había notado cuando la creyó soltera. Su objeto era llamarle la atención, y para conseguir bien dirigía hácia ella los acaradados gemelos con extraordinario movimiento, bien trataba de retorcer el débil bigote que apenas sombreaba sus labios, ó bien aplaudía estrepitosamente cuando los demás callaban, causando admiración á los que estaban á su lado. Una vez que dió un grito de aplauso bastante fuerte, los negros y rasgadas ojos de la joven, en unión con los risueños del marido, se fijaron sobre él, quien para no desaprovechar la ocasión que con tanto ahínco buscaba, la dirigió un gracioso saludo, á que ella contestó con una sonrisa de amabilidad.

— ¿Quién es ese joven que te ha saludado? preguntó el marido, ageno entonces de la más mínima sospecha.

— Es un amigo de mi hermano; al menos me lo parece; y cuando me ha saludado, indudablemente...

— Pues tiene tu hermano un amigo bastante estrofarario, porque los gestos y movimientos que hace continuamente indican que es tonto, ó que es uno de los muchos pedantes que no tienen otra cosa que lucir más que su pedantería. A mí me tiene ya fastidiado; porque con sus intempestivas voces me está destruyendo de la

función. — Y si el rándido marido adivinase que en aquel momento trataba de distraerle de otras funciones más interesantes, indudablemente estaría más fastidiado.

— Sabes lo que me parece? dijo ella después de mirar al joven con atención, cuyas miradas interpretaba él como señales de simpatía y amor.

— Qué te parece? contestó el marido un poco incomodado con tanta interrupción.

— Que no es él que yo creía, pues á esta no lo conozco.

— Pero dime; si no es el amigo de tu hermano, por qué te ha saludado?

— Eso es lo que yo no comprendo; me habrá equivocado con otra.

Su esposo no prosiguió embebido entonces con el desenlace de la comedia. Enrique, que se creía ya correspondido, determinó ir á la puerta del palco á esperar su salida, y en aquel momento salió precipitado del teatro entre el fuerte murmullo de los interrumpidos espectadores, que en tan crítico lance sentían perder una sola palabra. El fastidiado caballero naturalmente bajó los ojos buscando la causa de tan extraño rumor, y al divisar á Enrique, que se solía atropellando, exclamó bastante exasperado: «No se puede venir al teatro cuando asisten semejantes mequetrefes; adónde irá ahora ese estravagante sin aguardar el desenlace, que es lo más interesante de las comedias?»

No se hubiese extrañado tanto á haber sabido que á donde iba era á enlazar otra comedia, en la que al perturbado marido no se le encargaba muy airoso papel.

La puerta del palco estaba cerrada, y en ella aguardaba un criado con un pañuelo de invierno para que su señora se guardase á la salida del aire fresco de estas noches de otoño.

— Es aquí donde están dos señoras y un caballero? preguntó Enrique al doméstico que allí aguardaba.

— Sí pregunta Vd. por el médico D. Andres Arévalo, aquí está con su mujer y su suegra.

— Dígame V., ¿cuáles son las señas de su casa?

— Calle del Turco, número 20, cuarto principal.

— Acostumbra á salir temprano?

— Si Vd. quiere encontrarlo, de diez á once de la mañana está en casa, por ser esta la hora que ha establecido para las consultas; lo demás del día lo pasa visitando enfermos.

Un rayo de esperanza y alegría penetró en el corazón de Enrique con la explicación del criado, porque decía en su interior: «La mujer de un médico! es lo mejor que podía haber encontrado; su esposo ocupa casi todo el día con los enfermos, y así podré yo ocuparlo al lado de su linda mujer.» Después de meditar un momento dijo: «está bien; mañana á esa hora iré á tener una consulta;» y determinando ir al otro día á consultar, no al médico sino á su mujer á hora en que estuviese sola, después de apuntar las anteriores señas en un precioso *zouvenir* que los profanos llaman libro de memorias, se confundió entre la gente, que empezaba ya á desocupar los palcos inmediatos.

Al salir del sayo el acochada matrimonio, la joven, mientras se abrigaba con cuidado á instancias de su esposo, que como buen médico la hacía adoptar toda clase de precauciones para evitar una pulmonía, divisó á Enrique que que entre otros curiosos la miraba, con la misma atención que en el espectáculo; y arrepetida de su ligereza en haberle saludado anteriormente, dijo á su marido algo sobresaltada: «Allí está el joven que tanto le ha fastidiado, y que yo saludé por equivocación, pues no lo he visto jamás.» Con tal revelación el médico, nada propenso á los

zelos, se vió acometido por la primera vez de su vida de semejante pasión, aunque de ninguna manera creyó culpable á su mujer. No obstante, como hombre de buen humor y serenidad, no dió señal alguna de desasosiego, y al pasar por delante del jóven ayó que con el mayor atrevimiento le dijo á su mujer: «El amor que V. me ha inspirado exige una entrevista; y cuya imprudente declaración contestó ella con una mirada de notable desprecio, que el improvisado amante interpretó como señal de aprobación á su demanda. El prudente marido disimuló por segunda vez la agitacion de su alma, y no dijo nada á su esposa sobre tan complicada aventura: guardando ella por su parte un profundo silencio sobre lo mismo.

Eran las doce de la mañana del día siguiente, y el médico, entretenido hasta entonces con una pesada visita, se disponia á partir, á tiempo que su mujer entró en su gabinete bastante agitada, diciendo que el jóven de la noche anterior estaba en la puerta preguntando por él.

—¿Se ha empeñado en que le rompa la cabeza! murmuró entre dientes el sobresaltado marido.

—Señor! dijo el criado; un caballero preguntó por V.

—Que pase; recíbelo tú; le dijo á ella, y fuge que estoy ocupado; yo estaré escuchando desde esta vidriera.

—¿Y qué intentas hacer?

—Nada que nos perjudique; salá recíbelo, que ya entra.

A esto el almirarado mancebo, haciendo piruetas y cortesías, entró en la sala, y con estudiada sonrisa se colocó á su lado en la silla que ella le ofrecia, de espaldas á la vidriera del gabinete, por lo cual el médico redobló su atención y vigilancia.

—Sentiría en el alma haber molestado la atención de usted en este momento; dijo él después de dirigirle una mirada de las que esta clase de hombres llaman de pasión, que yo traducía de otra manera, y coningo el lector menos avisado.

—¿Pero es á mí ó á mi esposo á quien V. busca?

—El objeto de mi venida no es otro, Señora, que el hacer una consulta....

—Entonces seas con él y no conmigo; voy á llamarlo, que aunque está muy ocupado....

—No lo incomode V.; porque acaso mi enfermedad mas bien que él la conocerá su interesante consorte.

—Yo no entiendo nada de medicina; respondió ella algo sonrojada con la lisonja anterior, lo cual aumentó la gracia de su rostro y el atrevimiento del inberbé galán, que con un tonillo de profunda melancolia se expresó de esta manera.

—Oh! bien conoce V. el remedio de mi mal! Anoche se lo dijeron á V. mirándoles miradas en el teatro, y mi lengua se lo aclaró á la salida de él.

—Caballero! lo que comprendí anoche, y sébo de convencerme ahora, es que la conducta de V. en esta ocasion no es propia de una persona honrada; y así le suplico que en adelante evite comprometerme con sus impertinencias.

—Ah! que cruel es V.! bien se conoce que su corazón no siente como el mío ese fuego devorador, ese volcan inextinguible, esa pasión violenta y profunda que solo saben concebir las almas superiores á la preocupación; no rasgue V. con un precipitado desprecio el brillante velo de mis ilusiones; no deshoje V. con un desaire la delicada flor de mi esperanza, que las gracias de V. han cultivado, haciéndome entrever un risueño porvenir de felicidad y de ventura....—Y así se disponia á enjaretar otros parrallos como el anterior, que habia aprendido aquella misma mañana de uno de los modernos dramas franceses,

si ella, causada ya de escuchar desatinos, no se hubiese levantado diciendo iba á buscar á su marido, quien habiendo escuchado toda la conversacion, al ver que el galán, entusiasmado sobre manera, alargaba la mano por vía de súplica, creyó otra cosa, pues no distinguió bien por estar el otro de espaldas, y salió precipitado del gabinete, dejando algo confuso al sistematizado perseguidor de matrimonios.

—¿Qué se le ofrece á V., caballero?—interpeló el médico con su acostumbrada serenidad; y nuestro hombre, repitiéndose algún tanto de la anterior sorpresa, se vió en la precisión de echar mano del recurso de la consulta, limpiendo ciertos dolares en el pecho y cabeza, para la cual le pedia remedio.

El facultativo entonces, cierto del embuste, concibió la idea de vengar sus zelos de una manera estraña; porque en su plan de conservación no entraba el medio del desafío, que con tanto entusiasmo se usa en la actualidad por cualquier friolerilla, que pudiera remediarse con un buen bofetón, como justo desahogo del injuriado. Además que, en un concepto el médico, al considerar la poca edad, y por consiguiente la inesperienza del rival, y su debilidad física para un lance como el desafío, que hoy día se ejecuta con la mayor calma y serenidad, concluyendo generalmente con un apretón de manos y un almuerzo, no quiso arriesgarse á cometer un asesinato; pues hurtos habia cometido ya por su profesion.

Tomó el pulso al fingido enfermo, y aparentando la mayor sorpresa, exclamó:—Gran Dios! qué desgracia en tan poca edad! Está V. amagado en este momento de un fuerte ataque de apoplejía, y acaso no haya tiempo ya para evitarlo; marche V. al instante á casa, y que le den un par de sangrias, aplicándole al mismo tiempo al pescuezo una docena de sanguijuelas.

Eduardo, sobrecogido con tan alarmante noticia, se asustó, como es de presumir, y se sintió un poco trastornado, creyendo firmemente cuanto el facultativo acababa de insinuarle; y pálido como la cera le entregó una tarjeta con las señas de su casa, rogándole fuese á visitarle, pues iba corriendo á poner en práctica la medicina que le habia ordenado. El imperturbable marido lo acompañó hasta la puerta, cuidando de no ofrecerle la casa, y para dar mas visos de certeza á la improvisada enfermedad del acongojado mancebo, mandó á su criado que le acompañase, porque, segun su opinion, temia que el accidente le acometiese en el camino.

Satisfecho de tan suave desenlace entró á participar lo á su mujer, que se retiró asustada cuando él salió del gabinete, y ambos á dos prorrumpieron en estrepitosas carcajadas al considerar el susto y aprension que llevaba consigo el atrevido galanteador.

Por la tarde fué el médico á visitarle, y lo encontró bastante débil á causa de la mucha sangre que el barbero y las sanguijuelas le habian estraido.

—¿Qué tal? le preguntó con aire risueño.

—Me siento mas aliviado, contestó el enfermo; y tomándole el pulso le dijo en voz baja con notable ironía:—«Está V. enteramente bueno, y puede ya levantarse cuando guste; no ha sido mas que una sofocacion que se ha curado facilmente, y que si se repite otra vez, y á mi me toca curarla, lo haré de una estocada.»

—Cogió el sombrero y se marchó, dejando atónito al pobre jóven que comprendió claramente la causa de su enfermedad, resolviéndose á ser mas cauto en adelante, y á no cortejar jamás á las mujeres de los médicos.

JUAN RICO Y AMAT.